

Eduardo Antonio Parra



Sombras detrás  
de la ventana



CUENTOS REUNIDOS, 1996-2013



Ediciones Era

# Índice



## ◆ LOS LÍMITES DE LA NOCHE ◆

El juramento

◇ 15 ◇

El placer de morir

◇ 25 ◇

Como una diosa

◇ 39 ◇

La noche más oscura

◇ 52 ◇

Nocturno fugaz

◇ 67 ◇

El último vacío

◇ 70 ◇

El pozo

◇ 80 ◇

Cómo se pasa la vida

◇ 89 ◇

El cazador

◇ 97 ◇

◆ TIERRA DE NADIE ◆

I

La piedra y el río

◇ 133 ◇

II

La vida real

◇ 149 ◇

Nomás no me quiten lo poquito que traigo

◇ 163 ◇

Navajas

◇ 172 ◇

El escaparate de los sueños

◇ 178 ◇

Traveler Hotel

◇ 189 ◇

III

Viento invernal

◇ 205 ◇

Los últimos

◇ 212 ◇

El cristo de San Buenaventura

◇ 225 ◇

◆ NADIE LOS VIO SALIR ◆

◇ 257 ◇

◆ PARÁBOLAS DEL SILENCIO ◆

Al acecho

◇ 281 ◇

El laberinto

◇ 304 ◇

Cuerpo presente

◇ 317 ◇

Bajo la mirada de la luna

◇ 347 ◇

En lo que dura una canción

◇ 367 ◇

Los santos inocentes

◇ 372 ◇

Que no sea un perfume

◇ 385 ◇

La habitación del fondo

◇ 402 ◇

Plegarias silenciosas

◇ 423 ◇

◆ DESTERRADOS ◆

El caminante

◇ 447 ◇

Mal día para un velorio

◇ 453 ◇

En la orilla

◇ 468 ◇

La costurera

◇ 478 ◇

Último round

◇ 493 ◇

El hombre del costal

◇ 496 ◇

Nunca había oído la letra

◇ 503 ◇

El festín de los puercos

(Heriberto Frías en Tomóchic, 1892)

◇ 513 ◇

Paréntesis

◇ 522 ◇

Un diente sobre el pavimento

◇ 533 ◇

El despertar de la calle

◇ 543 ◇

No hay mañana

◇ 549 ◇

Calor callado

◇ 556 ◇

Nadie

◇ 567 ◇

La madre del difunto

◇ 578 ◇

## El juramento



–¡Ya, hombre! ¿Pa qué tanto escándalo? ¡Van a despertar a la jefa con esos pitidos! –protestó José Antonio mientras quitaba el cerrojo, despeinado, sin zapatos y con el torso desnudo, como si acabara de levantarse–. ¡Cállense!

La troca se retorció en temblores; el humo negro del mofle trezaba remolinos de tierra en la calle sin pavimentar. Un grupo de perros vagabundos se acercó a olisquear y uno, menos desconfiado, levantó la pata para marcar una nueva frontera en su territorio. En la cabina, Ricardo y Crispín mantuvieron el silencio unos segundos; volteaban a verse como echando suertes para hablar. José Antonio abrió la puerta del enrejado y caminó hacia ellos. Más que molesto parecía cansado; olió la humedad de la noche, reconoció el crujir de cristales del río Bravo, y dijo en tono seco:

–¿Qué traen?

–Es que te está esperando Elías –Crispín sonreía con burla–: aquí anda el Güero...

–¿El Güero Jiménez?

–Ey, parece que regresó, ése. Está en el cantón de la Dora.

–Y Elías quiere que vayas... para irlo a recibir –apuró Ricardo en actitud de reto.

–Espérenme –dijo José Antonio un tanto turbado–, voy a ponerme una camisa.

Lo vieron andar hacia la casa, hacer a un lado la puerta de mosquiteros rotos, desaparecer en la penumbra interior. Segundos después, la luz de uno de los cuartos se derramó hacia el patio. Crispín tamborileaba en el volante con los dedos, impaciente, distraído en las sombras amorfas de casas y terrenos abandonados. No era muy tarde, sin embargo la calle, negra y muda, delataba en los vecinos un sueño tranquilo y profundo.

El Güero no representaba problema para él. No como para Ricardo, Elías o José Antonio. Lo veía como algo rutinario, sencillo de decidir: se le chinga o no se le chinga. Sin coraje, sin pasión, simplemente por ser orden de Elías, nada más. Ricardo, en cambio, mientras hundía la mirada allá donde el caracolear del río era más ronco, no lograba desprenderse el rostro pecoso del Güero Jiménez. Lo conocía bien: crecieron juntos en el barrio. A diferencia de Crispín, que por ser nuevo en esos lugares estaba al margen de la memoria, Ricardo había aprendido a odiar al Güero durante sus cinco años de ausencia. Ahora había vuelto, y lo único necesario de aclarar era si José Antonio seguía con ellos o no.

–Vámonos –ordenó José Antonio sentándose junto a Ricardo.

–Va a llover –dijo Crispín, mientras miraba el cielo por la ventanilla.

Sí, va a llover, se repitió José Antonio cuando un concierto de ladridos corría tras ellos. Respiró hondo y a su nariz acudieron el polvo, el aire enyerbado y el olor a lluvia. Al pasar por la primera esquina alcanzó a ver sobre el río el espejeo de luces del otro lado, y no pudo eludir el recuerdo: su padre llevándolos a él y al Güero a pescar en la isleta de enmedio. Tuvo necesidad de fumar y buscó los cigarros en la bolsa de la camisa.

–¿Cuándo volvió?

–Hoy en la mañana –contestó Ricardo–. Se había tardado el cabrón.

–¿Cómo supieron?

–Me avisaron a mí –dijo Crispín–. Mi ruca. Me dijo que había llegado anca la Dora. Al principio no supe ni de quién me hablaba. Ya ves que no lo conozco. Pero luego me acordé y le dije a éste.

–¿Y qué quiere Elías?

–¿Tú qué crees? –Ricardo lo veía fijamente a los ojos.

Al sentir un sople de brisa, José Antonio giró la cabeza hacia la corriente que asomaba entre las casas. Elías no estaba lejos, pero el tiempo se alargaba desesperante. Por trechos, los extensos baldíos de la colonia Victoria permitían dilatar la vista hasta

la ribera contraria, donde por el freeway algunos tráilers se alejaban y otros llegaban al centro de Laredo. Hubiera querido estar en uno de ellos, en el gabacho, libre, lejos de Elías y Ricardo, como el Güero en todos estos años, sin problemas de pleitos ni venganzas.

En cosa de segundos el aire se cargó de una humedad cada vez más densa, hasta que las primeras gotas golpearon el parabrisas. José Antonio buscó entonces con mayor insistencia el fluir del Bravo. Era mágico: al contacto con la lluvia el fondo liberaba su fuerza oculta, los remolinos afloraban en la superficie, rugían las ráfagas entre las piedras. Son los muertos, le había dicho su padre durante una tormenta en la isleta, las ánimas de los difuntos ahogados en estas aguas traidoras. Por eso el río maldito pudre todo lo que esté cerca. No hay otro río en el mundo donde se ahoguen más cristianos que en éste; por eso de cuando en cuando salen a gritar su rabia a los vivos. José Antonio recordó la cantidad de cuerpos que había visto sacar desde niño, y pensó que acaso su padre no mentía.

—Les dije que iba a llover.

—Mira —interrumpió Ricardo—, aistá el Elías.

El semblante pálido, más blanco que de costumbre, le daba un aspecto enfermo que se acentuaba con la lluvia escurriéndole de los cabellos. No saludó, sólo indicó con un ademán las cuatro sillas del estrecho recibidor mientras caminaba delante de ellos como siempre lo hacía. Cuando todos se sentaron, José Antonio sintió en el rostro el taladro de las tres miradas, pero no quiso ser el primero en hablar. Extrajo la cajetilla, y después de comprobar que continuaba seca, encendió un cigarro lentamente, sin prisa, fingiendo tranquilidad, esperando las palabras de Elías.

—No puedo entender cómo se le ocurrió regresar... —inició Elías dirigiéndose a José Antonio. Luego, como no obtuvo respuesta continuó—: si ya sabía que lo íbamos a estar esperando siempre, ¿o no?

—Quizá por eso —José Antonio hablaba como para sí, sin mirar a nadie—: para acabar de una vez con esta pendejada.

—¿Te parece pendejada? —Elías se corrigió—. ¿Les parece pendejada?

—No —confirmó Ricardo—. El Güero fue el que no cumplió.

El chaparrón arreció y, casi enseguida, la explosión de un trueno quedó colgando en el aire varios segundos. Fue del otro lado, se dijo José Antonio, a lo mejor les desmadró el frigüey. El metralleo de la lluvia lo aturdiría, y de pronto tuvo la impresión de que todo aquello carecía de sentido: el cielo desbordándose sin ser tiempo de aguas, el río que lanzaba gemidos a la noche, ese olor a yerba persistente aun bajo los embates del aire y la lluvia, ellos cuatro sentados para decidir la suerte de un viejo amigo. Pero si teníamos doce años, quiso decir. Se contuvo porque nuevamente sintió la presión de las miradas: la de Crispín, curiosa; la de Elías, inquisitiva; la de Ricardo, desafiante, cargada de tensión. Con una punzada nostálgica, recordó al grupo de varios años atrás y lo vio idéntico: reunidos en la casa del Güero, aún sin la aparición de Crispín, eternamente discutían acerca de venganzas contra los rivales del barrio. Una pandilla de mocosos entonces. ¿Y ahora?, se preguntó mientras miraba a Elías encender un cigarro, preparándose a hilvanar argumentos para vencerlo.

—Nos traicionó a todos, José Antonio. También a ti...

¿Traición? El tono pausado era el de un padre que reprende a su hijo con la cuarta en la mano, listo para descargar el primer golpe. José Antonio, en una huida mental que buscaba esquivar las palabras de Elías, fue resbalando hacia un recuerdo lejano: se dirige con el Güero a la isleta. Van armados con sedal, anzuelos, sobras de comida y dos largas varas de fresno, cuando encuentran un puñado de patrullas y ambulancias a la orilla del río. Camilleros y policías cruzan una y otra vez la distancia entre la ribera y la isleta, los periodistas ametrallan a flashazos la escena, en tanto que decenas de mirones luchan por acercarse a ver. El pequeño montículo en medio del Bravo luce diferente: pelón, sin un solo matorral, lleno de agujeros como si hubiera sufrido un bombardeo.

—... tú te has separado de nosotros poco a poco. No sé por

qué. Quizá te parecemos muy bules. Ricardo dice que te estás haciendo maricón, José Antonio...

Ese día desenterran casi treinta cadáveres; algunos de años, otros relativamente recientes. El tiempo los ha ido cubriendo de tierra; la vegetación terminó de esconderlos. Nadie sabe con certeza cómo murieron. Del otro lado, junto a tres patrullas de la bórder aparcadas en la orilla, los oficiales gringos observan tranquilamente el trajín de los mexicanos. Algunos sonríen. José Antonio y el Güero se acercan hasta donde un judicial les corta el paso. Sólo en ese momento José Antonio ve en los ojos del Güero un par de lágrimas que su amigo ha olvidado ocultar.

—... tú dices que es porque trabajas y no tienes tiempo. Es tu bronca y no me meto. Pero en esto sí estás entrado aunque no quieras...

Por la noche siguen desenterrando cadáveres. Nunca podrá olvidar el hedor, ni la visión grotesca de aquellos cuerpos descompuestos que se descoyuntan al menor intento de moverlos. Ni la sonrisa de los de la migra. En cierto momento, el Güero le pregunta al judicial quién ha podido matar a tantos hombres. El agente, mirando con rencor hacia el otro lado, contesta: “No dudes que fueron esos cabrones”.

—... como Ricardo, como yo, como Crispín ahora. Siempre hemos estado juntos, ¿no?; por eso es bronca de todos...

A los pocos días, cuando agentes y periodistas abandonan al fin la isleta, los cuatro deciden ir a recorrerla. Ahora no llevan cañas, ni sedal, ni anzuelos: van a buscar despojos entre la tierra, como quien explora un cementerio abandonado. No encuentran nada. Después de varias horas, lo único que les llama la atención es el paso constante de las broncos con escudo de la migra. En dos o tres ocasiones los cuatro les mientan la madre a señas y silbidos a los gringos. Finalmente, casi al caer la noche, con toda solemnidad, el Güero propone un juramento.

—... y lo que yo quiero saber es de qué lado estás...

Repitan conmigo —el Güero, serio como un adulto, extiende la mano al frente. De inmediato Elías pone la suya encima, luego Ricardo; José Antonio sonrío y hace lo mismo—: en vista de que el

mayor enemigo que los mexicanos conocemos –las voces de los tres siguen a la del Güero palabra por palabra– es el gabacho... prometo chingar a cada uno de ellos, siempre que tenga chance, con lo que pueda, de día y de noche, en venganza de que ellos abusan de nuestros paisanos, o los matan cuando intentan cruzar el río. Después del juramento saca la hoja de su navaja, de cacha de venado, último regalo de su padre, y se corta la palma de la mano. Los otros toman el arma y hacen lo mismo. Sólo Elías pregunta para qué tanto argüende. El Güero desvía la mirada, y su voz infantil enronquece al contestar: También mataron a mi viejo.

–¿Con quién estás, José Antonio? –Elías repitió la pregunta poniéndose en pie.

–Teníamos doce años... –contesta, aún perdido en los recuerdos.

–Nos hizo jurar él. Fue con sangre...

Por alguna razón Elías evitaba mencionar directamente al Güero Jiménez: la lucha interna entre amistad y despecho había sobrevivido los cinco años, abierta, quemante. Sólo entonces reparó José Antonio en cuánto había cambiado Elías con el tiempo. De niño fue el más tímido, siempre detrás del Güero, imitándolo, secundándolo en todo. Pero al partir éste, ocupó su lugar como líder del grupo, y nadie quiso contradecirlo.

–Dime la verdad –José Antonio miró a Elías de frente por primera vez–: ¿por qué lo quieres joder?

–Por todo... por traidor.

La respuesta cayó en seco, firme, reforzada por el asentimiento mudo de Ricardo. Los ojos sin brillo de Elías anunciaban además que esta vez no sería sólo una golphiza, un baño montonero, sino que irían más lejos. Demasiado lejos, pensó José Antonio, cuando un trueno le advirtió que el chubasco iba cobrando tamaños de tormenta. Millones de gotas removían la tierra de la calle, convirtiéndola en una brecha fangosa. Los gemidos del Bravo se estiraban desesperados bajo la lluvia, y en la memoria de José Antonio volvieron a resonar palabras de su padre: Al Güero grande no lo mataron los de la migra, mijo. No. Lo pescó un remolino. Murió en este maldito río que tantas debe. Y a lo mejor arrastró su

cuerpo hasta el mar.

–Seguro ya se siente de allá el cabrón –continuaba rumiando Elías–. Quiso ser gabacho, y eso hasta es traición a la patria.

Ricardo fijaba los ojos en José Antonio, Crispín sonreía, Elías paseaba en derredor de los tres mirando la lluvia. “Quiso ser gabacho”, las palabras de condena seguían en el aire denso. Entonces José Antonio supo que si ése era el crimen, él también lo había cometido al desear largarse al norte, y su padre, y los tíos de Ricardo, y el hermano de Elías, y todos los que se habían ido de mojados y continuaban viviendo allá. Si de eso se trataba, no existía ningún crimen. Estamos yendo demasiado lejos, se repitió, y en ese momento supo lo que tenía que hacer.

–¿Cómo le hacemos? –dijo levantándose de la silla.

La mirada de Elías brilló al escuchar la pregunta. Crispín amplió su sonrisa y se palmeó la pierna en un aplauso seco. Sólo Ricardo mantuvo una actitud seria, casi fúnebre, al responder:

–Hay una fiesta de bienvenida anca la Dora, si es que el agua no la echó a perder. De todas maneras ya se ha de estar acabando. Si acaso quedan algunos batos con sus morras. No hay más que llegar.

–Pero sin la troca y por el río –intervino Elías–: pa que no nos sientan.

–¿Entonces? –Crispín fue el único en protestar–: ¿nos vamos a ir mojando?

–No hay borlo, al cabo allá nos calentamos.

Por la ribera, un poco más allá de la isleta, se llegaba a un terreno baldío frente a la casa de Dora. Eran sólo tres cuadras. No corrieron, a pesar de los golpes violentos de la lluvia. Avanzaban con dificultad entre el pasto y los matorrales que crecían a la orilla del Bravo, hundiendo los pies en charcos pantanosos. A mitad del camino, lo que creyeron un relámpago los iluminó de repente: era un fanal que aluzaba desde el otro lado.

–La migra –dijo José Antonio.

–Que se vayan al carajo –Ricardo levantó el puño.

El tubo de luz los siguió varios metros, luego se apagó. Al lado de la corriente, José Antonio perseguía el rugir del agua, agu-